

Por qué este libro

Hay un fenómeno curioso que no deja de llamarme la atención. Se produce casi siempre que te presentan por primera vez a una persona, te pregunta a qué te dedicas y le contestas que eres médico. Si uno se fija, se genera un ambiente especial, una reacción de cierta complicidad, una conexión que no se produce en otros primeros encuentros. Me parece que la razón de esa especial sintonía es la experiencia cercana que todo el mundo tiene de la enfermedad, pasada o presente; y se asume, de una manera inconsciente, que un médico es alguien que entiende eso que vives o que has vivido, hay algo que nos conecta casi de manera natural. Además, hay un segundo momento en el que algunos afirman que “esa profesión es muy vocacional”. Otros añaden, “es un trabajo precioso, pero yo no podría...” ¿Qué quiere decir esto? ¿Por qué una profesión ajena a una persona provoca preguntas y comentarios que reflejan que ese modo de vida les interpela? Me atrevo a aventurar que ese tipo de reacciones pone de manifiesto que la profesión médica va más allá de una cualificación técnica,

hace referencia a algo de la persona, que lo tienes o no lo tienes. Y que, si lo tienes, es parte de tu vida, no algo que puedas separar fácilmente de quién eres.

Vamos a fijarnos ahora en nosotros mismos. Tenemos una profesión que hemos elegido porque era algo que llevábamos dentro. Hay mucha gente que elige la carrera que estudia, pero pienso que en el caso de la medicina hay una fuerza especial, no elegimos la carrera, elegimos la profesión. Y si se me permite, me atrevo a más: de alguna manera, la profesión nos elige a nosotros. Eso es una vocación, algo a lo que te sientes llamado. Esto no ocurre en todos los trabajos: se te pueden dar bien y te acaban gustando, pero eso viene después. En la medicina es como si viniera antes, aunque lógicamente luego te vas haciendo (y de eso va este libro). Si llevamos este razonamiento hasta el final, tendríamos que admitir que los médicos estamos en la situación ideal de nuestra ocupación en la vida, dedicarte a lo que te sientes llamado. Eso debería hacernos felices. Felicidad es una palabra fuerte y decir que te haces feliz con tu trabajo es una afirmación atrevida. Pero es que la felicidad tiene mucho que ver con servir para lo que haces y crecer con ello, con tener un propósito en la vida, con ayudar a otros a serlo. Y eso es lo que pasa –o puede pasar– en la profesión médica: vocación (capacidad e impulso), sentido (que hace crecer y motiva), ayuda (hacer partícipes de lo nuestro). Pero este brillo, que se refleja implícito en los ojos de cualquier estudiante de medicina, no siempre está presente en los hospitales, en las consultas, en los quirófanos. ¿Por qué ocurre esto?, ¿por qué los médicos no siempre somos las personas más felices del mundo? Podríamos serlo... sobre el papel, deberíamos serlo.

Este contraste se asienta en una realidad contundente: los médicos somos personas a las que su profesión marca de un modo especial, estemos donde estemos somos médicos. En la antigua Grecia los actores de teatro representaban su perso-

naje con una máscara. Ser médico es representar un papel sin máscara: la persona y el personaje son el mismo. Ser médico es algo un poco especial: no algo mejor ni algo peor, pero sí un poco distinto. Quizás la clave está en el verbo: *ser* médico.

En el ejercicio de la medicina la dimensión personal y la profesional están fuertemente implicadas. La buena práctica médica exige un alto nivel de conocimientos, habilidades y experiencia clínica; y, al mismo tiempo, requiere el desarrollo de actitudes y hábitos personales. Esta afirmación no solo surge de una reflexión teórica de lo que es ser médico, sino que es una experiencia vivida. La influencia de la profesión en la esfera personal es algo a lo que ya se enfrentan los estudiantes en sus prácticas clínicas, es uno de los factores más impactantes entre los médicos residentes y condiciona en gran medida la satisfacción profesional de los médicos más veteranos.

En la profesión médica hay una especial relación entre lo personal y lo profesional por dos motivos: porque la medicina se ejerce en una relación muy especial con el paciente, marcada por la confianza y el compromiso, y porque para *hacer* buena medicina hay que *ser* un buen médico. Por eso, en la profesión médica van de la mano el crecimiento personal y el desarrollo profesional: nuestra manera de ser está muy presente en nuestra manera de trabajar y, viceversa, el ejercicio de nuestra profesión tiene un fuerte eco en nuestra esfera personal. Y lo interesante es que las dos cosas pueden desplegarse y crecer, y eso favorece una vida más plena y una mejor práctica clínica.

Esta es una idea realmente atractiva, pero en la práctica, puede dar la impresión de que la profesión médica te absorbe por completo. Quien aspira a ser buen médico puede encontrarse con la tesitura de tener que elegir entre el progreso profesional y el desarrollo personal o, al menos, hacer verdaderos malabarismos para equilibrar la balanza. Y, en parte es así, porque la medicina se puede asemejar a una gran ola: te puede arrastrar,

pero también, si sabes cogerla, puede ser el elemento que permita desplazarte por el océano de una profesión llena de vida.

Este libro habla de ser médico y de ser persona, no como dos actividades que compiten y, como mucho, se toleran, sino como las dos alas de un ave de altos vuelos. En estas páginas me gustaría hacer una reflexión sobre los valores centrales de la medicina y su relación con los elementos más importantes que favorecen una personalidad rica y madura: qué es lo esencial de nuestra profesión y cómo eso nos puede hacer mejores, cómo eso nos puede hacer felices. Quisiera ofrecer una visión de la profesión médica en la que se subraya la especial relación de amistad que puede existir entre la esfera personal y la profesional. A partir de ahí, intento exponer una visión de la identidad médica, que la entiendo como el itinerario personal en el que se va conformando la vocación médica, que conjuga nuestras cualidades personales con las más específicas del ejercicio de nuestra profesión.

La identidad se configura en la relación con otros y la identidad médica va tomando forma en un ecosistema rico y variado, siempre con otros. Por eso, en mi opinión, la docencia en medicina no es enseñar medicina, sino enseñar a ser médico. Ayudar a los estudiantes, a los médicos jóvenes y a los más veteranos a configurar su identidad médica, donde cada uno es protagonista. Así, en medicina nunca dejamos de aprender y, como aprendemos de otros y aprendemos con otros, nunca dejamos de enseñar. Uno de los objetivos del libro es ofrecer un marco de referencia para la docencia –en grado y en posgrado– entendida desde esta perspectiva, pero también quiere ayudar a descubrir a cualquier médico la riqueza humana de nuestra profesión. Por su vocación originaria, el enfoque del texto, una vez definido el marco conceptual, tiene un carácter más práctico. Ofrece ideas, experiencias y sugerencias para quienes quieran fortalecer y enriquecer su identidad médica, fomentar el desarrollo armónico del trabajo profesional y la vida personal, el crecimiento de la

propia personalidad en consonancia con el modo de atender a los pacientes. Me encantaría que estas páginas ayuden a pensar: sobre nosotros mismos, cómo somos y cómo nos gustaría llegar a ser; pensar sobre nuestra profesión que es –al menos, en algún momento ha sido– la pasión de nuestra vida. Y así, pensando sobre nosotros y sobre lo que hacemos, descubrir cómo disfrutar más con ser médicos y ser nosotros mismos.

Este libro quiere poner palabras a la intuición que inspiró una experiencia docente. Comenzó con la inquietud de unos especialistas del área de la oncología que dábamos vueltas a qué era lo más determinante de nuestra profesión. Decidimos poner en marcha una iniciativa docente para pensar con los estudiantes de medicina qué aspectos de la profesión afectan más personalmente a los médicos y empezar a trabajar con ellos ya durante los años de carrera. Ese fue el origen del *Proyecto de Identidad Médica* de la Facultad de Medicina de la Universidad de Navarra, que he tenido el privilegio de diseñar y coordinar con la doctora Leire Arbea durante más de una década. Pasado el tiempo, hemos tenido la dicha de ver cómo los estudiantes valoran este proyecto. Agradecen la oportunidad de pensar sobre lo que de verdad importa en medicina, que en la mayor parte de los casos es lo que les ha llevado a estudiar esta carrera. Han pasado los años y ese buen sabor reaparece en la residencia, cuando viven en primera persona lo que en su día reflexionaban cómo vivían otros. También hemos visto ese efecto en los médicos que les han acompañado en ese itinerario, en los que se encienden luces que parecían ya apagadas. Rondaba en nuestra cabeza la posibilidad de escribir un texto académico en el que ordenar ideas, fundamentar lo que hacíamos y transmitir experiencias para quien se animara a poner en marcha iniciativas similares en otras facultades o en educación médica de postgrado. Ese texto académico queda aún pendiente de escribir, pero de aquella intuición original han tomado forma estas páginas, con un propósito menos ambicioso,

pero que quiere ser inspirador o, al menos, quiere ofrecer una visión amable de una profesión que es una forma de vida.

A lo largo de los capítulos me gustaría responder a tres preguntas: ¿qué es ser un buen médico?, ¿cómo se aprende a serlo?, ¿cómo puede enseñarse? Estos interrogantes estructuran el texto en tres partes.

En la primera, intento describir de manera algo más sistemática lo que considero que es el fundamento en el que se apoya la identidad médica. Pretendo asomarme a lo que ocurre en la realidad del acto médico, observar a sus actores y, desde ahí, descubrir qué es ser médico y cómo esta profesión nos puede hacer mejores. Quiere ser una mirada abierta y compartir lo que veo.

En la segunda parte, a partir del marco conceptual de la primera, se estructuran de una manera acotada y concreta algunas cualidades de la profesión médica que pueden aprenderse y hacer crecer. Su enfoque está orientado al aprendizaje: descubrir nuestras necesidades en la práctica clínica para desplegar nuestras capacidades personales. He elegido algunos elementos que se consideran nucleares en el ejercicio de la medicina y a partir de los que pueden desarrollarse muchos otros. Desde la realidad clínica, procuro analizar actitudes personales que están directamente implicadas en la práctica médica. Me gustaría que sirviera al lector para detectar ámbitos de su esfera personal que pudieran crecer con el ejercicio de la profesión y despertar así el entusiasmo por lo que hace.

Finalmente, en la tercera parte, se describen algunas metodologías docentes que pueden ayudar a ir conformando la identidad médica. Aquí cedo la palabra a la doctora Arbea, que tiene una especial capacidad docente y gran experiencia en educación médica. Se propone un posible itinerario de aprendizaje con una idea de fondo: conectar lo que se reflexiona en el aula y lo que ocurre en el contexto clínico, en una relación de ida y vuelta.

Concluyo con un breve epílogo que quiere destilar todo el contenido del libro. Es un intento de síntesis que condense en algunas ideas madre una realidad de horizontes inalcazados

Ojalá que a lo largo de estas páginas el lector encuentre pistas para saber coger la ola. Para crecer como persona en el quehacer clínico. Para ser médico y ser uno mismo.

Juan A. Díaz González